

## PRESENTACIÓN LIBRO: "ORÍGENES DEL NACIONALISMO EN EUSKAL HERRIA. 1895-1923". (Donostia, 23-3-26).

Quisiera agradecer públicamente la oportunidad de reeditar cuidadosamente esta obra por parte de la editorial Erein, cuya primera edición corrió a cargo de Nabarralde. A las dos mi ferviente reconocimiento.

Nací, durante la agonía de la Edad Media, en el seno de una familia modesta, honrada y trabajadora, en una pequeña villa del sur de la provincia de Lugo, Quiroga, en la nación gallega, mi primigenia patria, gobernada por incompetentes y tartufos, mentirosos que nunca cambian, sólo mejoran su estrategia.

Si el poeta Rilke afirmaba que la patria está en la infancia y el escritor Pessoa aseveraba que se situaba en la lengua, no niego que ambas afirmaciones alimentaron mis raíces infantiles, arrulladas por el melódico acento de la lengua de Rosalía y Castelao. Manifestaba el poeta Ovidio: *"No sé por qué dulce encanto la tierra natal a todos nos cautiva y nos impide olvidarla"*. Mi niñez transcurrió bajo la sombra de la estricta educación del nacionalcatolicismo y de la severa autocracia del "Perenne" vigía de occidente, que blandía flamígera espada contra los enemigos de España: la famosa confabulación judeomasónica-comunista-separatista.

La escuela de "párvulos" amanecía engalanada por el canto del "cara al sol" y por el castigo sancionador a causa del uso del gallego, a la sazón mayoritariamente hablado por la mayoría de población y unánimemente en el entorno doméstico. Esta formación inicial fue robustecida por el ingreso, entre 1954 y 1958, en el Seminario Menor de la Ermitas, cuyo rector, D. Felipe, de infausta lembranza, alardeaba de forjar hombres "hechos y derechos" con su adiestramiento pedagógico basado en cinco principios normativos: orden, disciplina, penitencia, mortificación y sacrificio, que incluían, por supuesto, severos castigos físicos, algunos rayanos en el sadismo. Pese a ello, padezco traumas similares a los de todo ser humano. Eran años de miseria, pobreza, hambre, miedo, represión y racionamiento. Para desdoro de los nostálgicos del franquismo, que pululan en otras latitudes, exhibo estos documentos: una postal del gudari Joxe Arzelus Goikoetxea y dos cartillas de racionamiento.

En los recantos sedimentarios de la memoria se halla siempre la reafirmación de la lengua como elemento fundamental de la identidad galaica, a pesar de las acusaciones de paletismo y de haber sufrido en determinada época el clásico complejo del colonizado, que tan bien describe Albert Memmi en *"El retrato del colonizado"* (1957). Decía Séneca: *"Nadie ama su patria, porque es grande, sino porque es la suya"*. El que pierde sus raíces, pierde su personalidad. Algunos afirman que el nacionalismo se cura viajando. Puedo asegurar por experiencia particular que tal afirmación no es cierta. Yo tomé conciencia plena de mi identidad nacional en territorio extranjero, concretamente en el predio de la señora Ayuso Entzun. La querencia a la propia

nación no es una herida, es una mansa caricia en forma de beso, que no se cura con la hiel del odio, sino con la miel del amor. Si no la sientes, la patria no existe.

Mi primera comunión política vino de la mano de mi inolvidable amigo, el poeta Manuel María, que me armó caballero en las lides galleguistas, y la confirmación sobrevino a través de la lectura del “Sempre en Galiza”, “La biblia del Galleguismo”, del gran Castelao.

Poco después, en 1965, ingresé en las filas del nacionalismo y entré en contacto con vascos, estudiantes en la ciudad del oso y el madroño. Aprendí una canción, sin saber lo que decía: “Itziarren semea hori duk mutilla!...”

Conocí a una bella donostiarra de ojos verde-esmeralda, estudiante de Económicas en la capital del Reino, y por obligado imperativo del trabajo y el dulce yugo del amor recalé en Euskal Herria en 1973. Procuré aplicarme el axioma de todo emigrante: derecho a la diferencia y deber de la semejanza. Desde aquella lejana fecha ejercí la profesión de docente, explicando mis desconocimientos en las aulas de una ingrata Universidad.

Reconozco que al nacimiento de este estudio ha contribuido la infusión en mi ADN de un doble amor, a mi patria originaria, Galiza, y a la adoptiva, Euskal Herria. La riqueza del mundo se halla en la variedad de pueblos como el mosaico en la multiplicidad de teselas y desde la ventana de una pequeña nación se puede observar perfectamente la belleza del universo.

Si alguien dijo que no se podía servir a dos señores, seguramente no se equivocó. Pero no tuvo en cuenta que un verdadero patriota de una nación oprimida puede ser seducido por dos amores: apreciar cumplidamente su patria primigenia y prendarse de la prohijada acogedora. Poner en valor lo propio no debería ser una elección, sino una obligación, no reñida con el encanto de lo diferente. Amar lo propio nunca implica despreciar lo ajeno. Es la fiel fraternidad del árbol: asienta sus raíces firmemente en un territorio y abre sus ramas a la solidaridad del viento. El magnífico berstolari, Xabier Amuritzza manifiesta con meridiana claridad este doble sentimiento en una estrofa que me dedicó con motivo del ingreso en la RSBAP:

“Galizan sustraiak,  
adarrak Euskadin;  
Zuhaitz bikainagorik  
ez ziteken egin”.

Estoy sumamente agradecido a Euskal Herria, porque me regaló sustento, trabajo, cariño y familia y afianzó mi personalidad patriótica. Por eso, me declaro: gallego de nación, vasco de adopción, galeuzcano por convicción, solidario por vocación, español por imposición, social-cristiano de la liberación, humanista de corazón, desobediente a la sumisión, insumiso a la dominación, rebelde a la coerción, priscilianista por devoción, franciscanista por veneración,

santiaguista por obligación y ucraniano-palestino-iraní-libanés por compasión. La compasión-padecer con-es hoy un valor revolucionario.

Cuando este gallego, consciente de su identidad nacional, sentó sus posaderas en la sonriente y lujuriosa geografía vasca en el otoño de 1973, procuró por todos los medios posibles en aquella época de la “longa noite de pedra” estudiar los orígenes y razones de la intensa y alta conciencia nacional entre los habitantes de Euskal Herria, no sin disimular ciertas dosis de sana envidia y verdadera admiración. Pasado más de medio siglo, he logrado mínimamente atisbarlas. Como consecuencia de esa larga inmersión nació precisamente este libro, que surgió, por tanto, de un alarde de sincero afecto y de un desfile de auténtica fascinación. Supone un homenaje a esta perseverante nación, que acogió hospitalariamente a emigrantes de otros pueblos, entre ellos a los gallegos. Confieso que dudé en titularlo, “orígenes del nacionalismo en Vasconia”, para huir de polémicas, pero me incliné finalmente por Euskal Herria, arriesgándome a lances bizantinos de esgrima socrática.

He gozado de una inmensa suerte, que habitualmente los dioses del Olimpo no conceden a los mortales: contar con un prologuista excepcional, un noble y fornido navarro, de bizarra progenie. El enjundioso, preciso y elogioso atrio de este trabajo ha sido modelado por un ex-alumno brillante, competente historiador del arte y actual alcalde de Iruña, Joseba Asirón. Para él imperecedera gratitud.

En realidad esta obra es fruto de dilatados años de lecturas, de escrituras múltiples, de pesquisas varias y de una larga experiencia de impartición en aulas. He procurado dotarla de lógica cohesión cabal, de adecuada contextualización remota y próxima, de engarzada y escalonada secuencialidad cronológica y de interdependiente tensión dialéctica, siguiendo una metodología a caballo entre el marxismo heterodoxo inglés y la Escuela francesa de los Annales. Cualquier lance histórico es nieto de antecedentes lejanos, hijo de precedentes próximos y el parto final, a veces con cesárea, se produce a impulsos de un precipitante, en algunos casos anecdótico. Por eso el análisis del contexto estructural y coyuntural es básico e imprescindible para entender todo acontecimiento histórico en su dimensión total. En relación al nacionalismo vasco sólo puede comprenderse en una concreta tesitura, que denunciaba el navarro Hermilio de Oloriz (1854-1919), en “La cuestión Foral”, libro publicado en 1893, en plena Gamazada, con estas palabras: “*Es en extremo doloroso ver a un pueblo tomar lo ajeno por propio y lo propio por ajeno, actuando indiferente ante la pérdida de su personalidad*”.

El pasado hay que interrogarlo, nunca negarlo, matarlo o enterrarlo, intento eterno de los sepultureros de la memoria. “*El fascismo se contagia más rápido que cualquier otro mal*” (David Uclés, “La península de las casas vacías, p. 469) y añadido de mi cosecha: “*contamina tanto que hasta los pobres quieren ser fascistas*”. Hay algo peor que vivir explotado y es votar por el explotador.

Esta frase de Cicerón se puede trasladar al ámbito colectivo:” *Si ignoras lo que ocurrió antes de que tú nacieras, siempre serás un niño*”. “*La memoria es la vida, que nos dieron/ entre cantos de lucha y libertad/ aquellos, que por dárnosla*” (Víctor Campio). Sucede con frecuencia que algunas transiciones políticas, llamadas "modélicas", siempre de una dictadura a una democracia, no consiguen más que lavarle a cara a la dictadura, o perpetuarla en los hechos a base de tunearle la letra.

Ciertamente la fragilización o el olvido de la memoria es uno de los importantes ingredientes del convulso caldo de cultivo actual, al que coadyuvan otros elementos como el ascenso de neofascismos excluyentes, de liderazgos infamantes, de izquierdismos desorientados y divididos, de hiperimperialismos agresivos, de colonialismos expoliadores, de neoliberalismos salvajes, de plutocracias depredadoras, de seudodemocracias autocráticas y/o filoteocráticas, de nacionalismos subestatales ninguneados, de oportunismos lambefistulas, de patriotismos serviles, de diferencias sociales crecientemente alarmantes y de democracias debilitadas. Todos ellos conforman un clima semejante al previo de la II Guerra Mundial. El trumpismo es el nuevo covid infeccioso que circula por doquier como matón del Farwest, de tal manera que la combinación de intimidación legal y extralegal, la subversión de la legitimidad, la exclusión institucional, el incremento del militarismo, el belicismo recurrente, la banalización de la guerra, la fractura ética estructural de los principios, la imposición de la ética coyuntural de la conveniencia, la ruptura jurídica internacional, la presbicia gradual de la dignidad, la desnortada y volátil brújula de la moral, la volatilidad líquida de la honestidad y el culto a la personalidad configuran un ecosistema donde la información crítica es tratada como sedición y la oposición como terrorismo. Esto decía el Padre Feijóo en el siglo XVIII: “*El ladrón que mata al caminante para robarle se lleva tras de sí el odio del público, pero el que por usurpar dos o tres provincias mata los hombres a millares, es celebrado por el clarín de la fama*”. Semeja que en el mundo actual hay dos modelos: o avanzar para atrás o retroceder para adelante.

El suave invierno del 2024 me proporcionó la oportunidad de revisar el tema del nacionalismo, reflexionar sobre él, releer lo escrito, dotarlo de coherencia sistemática, incorporar hipótesis e incluir algunas aportaciones más o menos novedosas, especialmente referentes a la relación fuerismo-nacionalismo, a ciertas y desconocidas contribuciones de la diáspora y a la Gamazada. Previamente me atreví a incluir sin ánimo académico, sino más bien divulgativo, unas breves nociones, que creía pertinentes, sobre conceptos como nación y nacionalismo.

El nacionalismo no afloró de la nada, no nació por generación espontánea, ni descendió como el maná en el desierto, sino que transitó mansamente y eclosionó más agitadamente mediante un dilatado y, a veces conflictivo

proceso, surgido inicialmente de un substrato previo de conciencia privativa y diferenciada. De este generoso sedimento prenatal aventaría El fuerismo, que suministró el bagaje ideológico y los argumentos identitarios, incorporados, transformados y/o matizados por el nacionalismo en su código esencial. También La Gamazada (1893-94). Ésta, que coincidió con otros episodios más anecdóticos, fue el auténtico ariete impulsor que precipitó la emersión del nacionalismo en Euskal Herria, por lo que el viejo reino se situaría como vanguardia instigadora del movimiento, aunque en la trayectoria posterior permanecería en los márgenes durante algún tiempo. El fuerismo y su decisiva influencia en el acervo identitario del nacionalismo, así como La Gamazada, como eficaz acelerador, quizás sean las aportaciones más novedosas de este estudio, aunque también incorporé una contribución inesperada, resultado de una conversación con el colega e historiador, Oscar Álvarez. Me refiero a propuestas anteriores y/o coetáneas al Aranismo, elaboradas en la diáspora americana por vascos emigrados o exiliados, alguna de ellas tan original, totalmente laica, como la del masón Florencio de Basaldúa, radicado en Argentina.

Tampoco me olvidé de ideólogos prenacionales como Aitá Larramendi y otros más próximos como Agustín Chaho. No silencié, por supuesto, las proclamas reciamente fueristas de Sociedades Culturales, tales como la bilbaína Sociedad Euskalerría o la navarra Asociación Euskara. Recordé y los manifiestos filoindependentistas en las carlistadas, así mismo, la declaración de república independiente a cargo de las autoridades guipuzcoanas durante la Guerra de la Convención en 1794 y la propuesta de Estado Vasco (Nueva Fenicia) de los hermanos Garat entre 1803-1811. No ignoré en el primer nacionalismo la presencia de figuras heterodoxas, que se salieron del guión ortodoxo sabiniano, entre los que sobresalió Elías de Gallastegi “Gudari”, para algunos un claro precedente del nacionalismo revolucionario de los años 60. Incorporé en esta segunda edición la formulación a favor de la proclamación de una república independiente vasca a cargo de Zumalacarregui y alguna otra proclama de la misma índole. Todo confirma la existencia irrefutable de un substrato prenatalista y de un acicate protonacionalista, inmediatamente precursor del nacionalismo, que es la tesis subyacente a lo largo de esta obra. (Paloteado, p. 102)

Termino mis reflexiones sin desvelar más interioridades del libro, pues se enfadaría y me acusaría de violar en exceso su intimidad. La modestia me retrae de animarles a su lectura y la vanidad me incita a decirles que disfrutarán de ella.

Leer es vivir dos veces. Y, sobre todo para los que estamos en la prórroga y sin penaltis, se agradece, aunque, en ocasiones, vivir siempre también cansa y nos obligan a vivir hasta la muerte. Decía el poeta catalán Joan Margarit: “*el pasado aguarda por nosotros mañana*”. Xosé Estévez.